AÑO VIII | CIUDAD REAL 20 DE FEBRERO DE 1919 | NÚM. 224

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

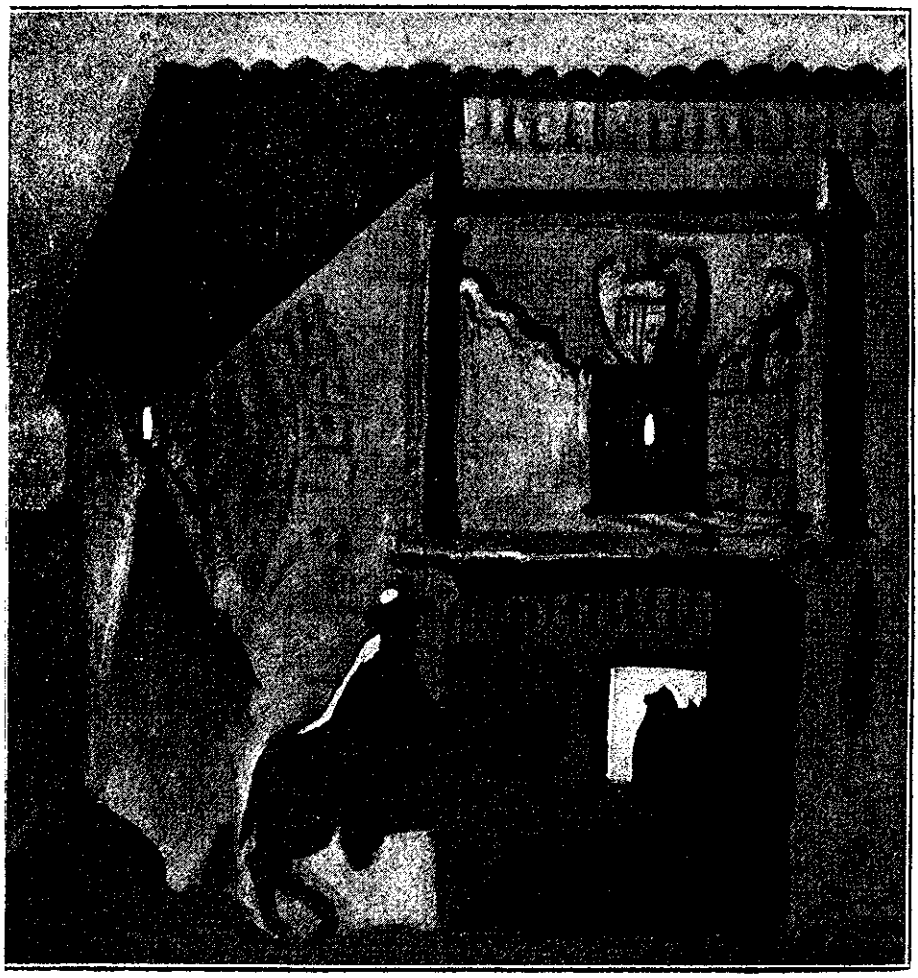
SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

EL VIENTECILLO

NARRACIÓN

por Francisco Tolsada.

I



Llegaron al mesón los dos embozados al tiempo que el último resplandor del día coronaba las alturas. Había sido lluvioso y asaz desabrido como acontece por lo general en los que preceden y siguen a la fiesta de todos los Santos.

Aquella larga caminata les traía harto acabadizos y endebles, más por las escasas viandas que sus buches habían percibido, que por lo interminable de la jornada, pues diz la gente que con un buen yantar no hay camino largo.

En todo el día y desde que salieran de Arganda no habían comido ni un mísero mendrugo con que poner a buen recaudo a aquella maldita panza que les daba unas voces que a ellos parecíanles chillidos, y de los más finos.

Apenas vislumbraron de lejos las puntiagudas torres de la corte apretaron el paso a sus cabalgaduras, tan hambrientas como ellos, y se regocijaron ante la perspectiva de una buena loncha de magro remojada con el mosto que daban las cepas que a un lado y a otro del camino se veían.

El vientecillo frío que por la parte del norte, en ráfagas venía, azotaba la llovizna, dando de plano en el rostro de los dos caballeros.

Traían las ropas mojadas y las alas del fieltro se inclinaban hacia abajo en una continua febledad. Además venían con la vestimenta cuajada de barro que las mulas hacían salpicar con su trotecillo cansado y cochinero.

Constituía la vestimenta visible un manteo harto largo que, en sus tiempos mozos pudo ser negro, un gran chambergo de recogidas alas con gran pluma enhiesta y unas grandes botas a cuyo tacón eran amarradas unas espuelas que, acaso para sus adentros, maldigeran las cabalgaduras más veces que palos recibieran sus costillas en aquel malhadado viaje.

—En la corte de nuestro señor D. Felipe estamos—dijo el que al parecer era más viejo.

—Loado sea Dios, padre mío—respondió el otro—que permítenos dar con nuestros huesos cabales en este mesón del diablo. No creí llegar nunca.

—Seor bachiller en ciernes—replicó el padre—tenga la lengua y no miente tan deshora al señor diablo, que dame tal exclamación mala espina.

—¿Y porqué causa, este mi dicho es para vuesa merced de mal agüero?

—Porque habeis de saber, hijo mío que a lo que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Vida Manchega. 20/2/1919.